

Violencia política en el mundo contemporáneo.

José J. Rodríguez Vázquez  
Departamento de Ciencias Sociales  
Programa de Estudios Iberoamericanos

Este trabajo se presentó en el “Foro sobre la violencia política” celebrado en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo en septiembre del 2001 y se publicó una versión del mismo en la Revista cibernética de la Universidad, *Cuarto Propio*.

Para Pelón, Gaby, Robertito y los estudiantes del Programa de Estudios Iberoamericanos

¿Qué puede decir un intelectual sobre la violencia política? Permítanme comenzar por aquí lo que quisiera compartir con ustedes. El campo intelectual moderno, o lo que Ángel Rama llamaba la ciudad letrada, podría dividirse hoy, frente a los acontecimientos que analizamos, en tres sectores. El primero de ellos es el grupo que funciona como intelectuales orgánicos del poder, como sirvientes del poder. Este se dedica fundamentalmente a construir el discurso legitimador de la acción y reacción del Estado. Se trata, para utilizar una categoría manejada por Alvin Gouldner, de una intelligentsia poseedora de una serie de saberes desarrollados en distintas disciplinas y campos técnicos que ayudan a la organización de los principios de “verdad” y de “justicia” que le permiten decir al Estado esto es lo que ha sucedido y esto es lo que es bueno hacer. En ese coro de sirvientes se destaca como verdad la conclusión de que un sospechoso es ya el culpable y la recomendación de la venganza como acto moral. Es el cuerpo de politólogos y periodistas, acompañados por los expertos en terrorismo y relaciones internacionales, que invaden los mass-media (radio, prensa y televisión) para convencer al público de lo correcto y lo justo que son las próximas acciones bélicas que el Estado emprenderá para cobrar venganza frente a sus enemigos.

El segundo grupo letrado es el que vive ensimismado en sus inquietudes más académicas y rechaza discutir sobre asuntos que considera coyunturales. Se trata de un curioso personaje cuya soberbia intelectual le permite considerarse separado del mundo, en su “torre de marfil”, alejado de las preocupaciones del poder y de las masas. Desea una neutralidad ascética que le evite contaminarse con los sirvientes del poder y con las inquietudes de unas masas a las que considera incapaces de comprender e inclinadas a la mediocridad de las conclusiones rápidas y superficiales. Sobre lo que ha sucedido ellos no tiene nada que decir o se reservan lo que saben o lo que opinan.

Existe finalmente un tercer grupo intelectual que quiere comprender lo sucedido y compartirlo con el público pero que como intelectuales críticos se enfrentan al discurso de los sirvientes del poder, a la

opinión pública dominada por los medios de comunicación y al silencio despreocupado de algunos intelectuales. El dilema de este pensador crítico es preguntarse por la utilidad de sus palabras. ¿Puede mi discurso ayudar a contener el canto de la venganza que articulan los sirvientes del poder? ¿Puede mi discurso romper el silencio que genera la arrogancia intelectual y ayudar a comprender lo sucedido? ¿De qué sirve hablarle a un público saturado con los mensajes estereotipados de los medios? La respuesta titubeante es aceptar la obligación de decir y por lo tanto participar y compartir con ustedes algunos puntos que deben ser tomados en consideración para comprender el momento por el que atravesamos. Creo que es bueno dejar claro que me coloqué en este tercer grupo y que hablo para cumplir mi obligación de universitario y de hombre de su sociedad que cree posible y necesario edificar un mundo de paz y justicia para todos. Hablo a los que no quieren cantar a coro el discurso del rencor, a los que no se permiten la felicidad del sadismo, a los que creen que la solidaridad con las víctimas no se traduce en pasión guerrera. Por eso quiero dedicar estas ideas a mis hijos, Pelón, Gaby y Roberto y a los estudiantes del programa de Estudios Iberoamericanos.

¿Cómo se realiza un análisis en el campo de las Ciencias Humanas? Para comenzar es importante separar, hasta donde sea posible, nuestra reflexión de la cuestión sentimental. Todo el mundo reconoce que lo sucedido el 11 de septiembre es una tragedia humana, pero más allá de las pasiones o reacciones sentimentales que la misma desata, la tarea del intelectual debe ser analizar sus múltiples causas y efectos. No somos los primeros en tener que realizar esta separación. Así es que trabajan los historiadores y los científicos sociales cuando analizan problemas como la guerra, la desigualdad, la opresión política, la criminalidad, entre otros.

La segunda posición indispensable para llevar a cabo una reflexión de un acontecimiento político-social tan significativo como el llamado terrorismo político es romper o enfrentar la mirada maniquea. El maniqueísmo es una representación simplona de los acontecimientos que reduce todo el proceso histórico-social a la lucha de los buenos contra los malos. Son reminiscencias del imaginario religioso que se tradujo, en el esquema Ilustrado, en el modelo de civilización versus barbarie. La construcción imaginaria de un “nosotros” bueno, libre, democrático y civilizado luchando contra esos “otros” malos, fanáticos, déspotas y bárbaros es, en el plano epistemológico, una simplonería del mediocre y, en el plano político, un quedar atrapado por la interpretación que el poderoso ha tejido mediante sus intelectuales orgánicos. No se puede

reflexionar maniqueamente, ni con estereotipos cargados de prejuicios. La reflexión sobre lo social debe partir de un reconocimiento de la complejidad de todo hecho o acontecimiento socio-político y resulta más profunda y válida cuando más elementos causales se toman en consideración al momento de llevar a cabo una explicación.

En otras palabras, ¿cómo podemos comprender lo sucedido? ¿Basta hablar de fanáticos desalmados? ¿Cuáles son las razones políticas que han llevado hasta este acto de destrucción? ¿Por qué es que ha desembocado aquí la Historia? ¿Por qué puede un movimiento político-religioso mostrarse dispuesto a utilizar tácticas violentas para reaccionar frente al “Otro”? ¿Que ha hecho ese “otro” para ganarse ese odio desenfrenado? Sin ánimo de desarrollar una explicación exhaustiva permítanme compartir algunos puntos que me parecen interesantes cuando pienso en lo sucedido.

Una pregunta: ¿Puede Occidente o las llamadas sociedades democráticas adjudicarse una superioridad material y espiritual que le permita iniciar una “santa cruzada” contra los infieles? Déjenme explicarles, aunque sea someramente, qué es lo que ha hecho el Occidente civilizado con su periferia mundial, al menos durante los últimos 140 años. En el pasado no muy lejano, la gestión de las llamadas “sociedades democráticas” fue la de conquistar, dominar, y explotar todas las regiones del mundo que hoy se consideran “inestables” o atrasadas. En la fase imperialista, las potencias saqueadoras de este Occidente libre y democrático dominaron más de tres cuartas partes del planeta y particularmente se apropiaron de toda África, el Medio Oriente y regiones de Asia. Exactamente cuando la esclavitud desapareció como fenómeno económico-social sobre el que se levantó mucha de la riqueza de las llamadas sociedades avanzadas, el racismo, o teorías sobre las razas, acompañó una nueva conquista del planeta por parte de las naciones blancas, cristianas y libres de Occidente. Sobre este pasado cercano se inscriben los acontecimientos recientes que culminan, lo que el historiador Eric J. Hobsbawm ha llamado recientemente el corto siglo XX. El siglo XXI ha comenzado con nuevas formas de una vieja pugna y está caracterizado como el anterior, por el conflicto económico-político y social entre los países ricos y pobres, entre centro y periferia, entre desarrollados y subdesarrollados, entre industrializados y agrarios, entre modernos y tradicionales, entre el primer mundo y el tercer mundo. Estas clasificaciones se han producido, con distintos propósitos, para pensar una de las principales contradicciones de la modernidad: su desarrollo desigual. Lo que muchos consideran una nueva fase histórica, posmoderna o global, no significa el inicio

de un progreso homogeneizador planetario, ni el fin de las contradicciones y las desigualdades, sino la creación de nuevos mecanismos de desarrollo de la desigualdad. Los acontecimientos de hoy se encuentran relacionados a esa lógica del capitalismo como sistema mundial.

En una columna publicada en la Revista Domingo del periódico El Nuevo Día, uno de los principales escritores latinoamericanos, el peruano Mario Vargas Llosa, articulaba una serie de ideas maniqueas que le permitían concluir que el siglo XX fue el tiempo de una lucha entre las sociedades democráticas y las totalitarias, particularmente los Estados fascistas y comunistas. Esto es una verdad a medias. Tan importante y más que esa confrontación político-ideológica ha sido el fenómeno de las luchas anti-imperialistas, las gestas heroicas de los que Frantz Fanon bautizó “los condenados de la tierra” para liberarse del colonialismo, con su secuela de explotación económica y opresión política. El siglo XX, si me lo permiten, no ha sido la historia del progreso y el triunfo de un Occidente liberal capitalista reinando sobre un mundo globalizado, como anunciaba Francis Fukuyama, sino el tiempo de una paradójica lucha de liberación de los pueblos subalternos que no condujo a la realización de la modernidad deseada. En el albor del nuevo siglo-milenio, bajo los fuegos artificiales que anuncian el triunfo de la utopía planetaria, todavía estamos sometidos al desarrollo desigual, ahora bajo nuevas formas que ya no son las del viejo colonialismo con su control político-territorial. Pero no nos engañemos. Como señalan en un estudio reciente Antonio Negri y Michael Hardt, si bien hemos superado la fase imperialista, no hemos superado la fase de los imperios y los poderosos, con su “nuevo orden mundial” insisten en controlar las expresiones políticas generadas por la propia desigualdad global.

Pero creo que en el mundo periférico existe ahora una diferencia que resulta trascendental. En la casi totalidad de los nuevos Estados que emergieron de los antiguos espacios coloniales, las luchas de liberación no condujeron al sueño anhelado de la modernidad. En la primera fase de la lucha anticolonial, la idea moderna de que todo pueblo debía ser libre y organizar su propio estado-nación para asegurarse un orden político que llevara a cabo un desarrollo económico capaz de generar el bienestar común se materializó en la periferia en la creación de nuevos Estados. Este ha sido uno de los fenómenos políticos más importantes de la segunda mitad del siglo XX. Pero la fase poscolonial no ha sido capaz de materializar los sueños de la razón emancipadora y la modernidad, más que inconclusa, se ha desvanecido como proyecto esperanzador.

Las formas políticas que han adoptado los nuevos Estados en la periferia del llamado Occidente civilizado son muchas y complejas. La mayoría, trágicamente antidemocráticas e inestables. Los resabios coloniales no desaparecieron con la independencia y los problemas del autoritarismo, la desigualdad y las luchas interétnicas han puesto en jaque el proyecto modernizador que articularon las elites políticas y letradas progresistas de esa periferia, tengo que recalcar múltiple y compleja. Por otro lado, el capitalismo salvaje dominante en las sociedades democráticas ha encontrado, a través del mercado, nuevas estrategias de depredación de recursos y divisas, de las que la llamada deuda externa es el mejor testimonio. Además, para proteger sus intereses geopolíticos y económicos, las grandes potencias se dedicaron muchas veces a favorecer regímenes autoritarios, sosteniendo con apoyo económico-militar a tiranuelos pro-occidentales. Aquí, efectivamente, la guerra fría definió aliados y enemigos impidiendo muchas veces que las fuerzas democráticas y modernizadoras alcanzaran el poder. En la periferia se suscitó un debate entre si el nuevo estado-nación debía favorecer formas capitalistas o socialistas de allegarse a la modernidad y las superpotencias manipularon a los Estados poscoloniales como peones en el tablero de la geopolítica mundial. En la mayoría de los casos, como todo movimiento progresista de descolonización le pareció a la mirada maniquea occidental o norteamericana, una amenaza comunista, los llamados Estados democráticos se dedicaron a intervenir directamente en la periferia o a auspiciar dictaduras antipopulares. Corea, Vietnam, Taiwan, el Cha de Irán son algunos ejemplos históricos. Pero también es posible hablar de las dictaduras militares y los regímenes autoritarios defendidas en América Latina, África y el mundo árabe. El ejemplo más claro fue la Guerra del golfo para defender un régimen político despótico en el que una familia controla un país.

En la fase poscolonial, los sueños de la modernidad se comenzaron a desvanecer; los nuevos Estados resultaron incapaces de trascender sus dificultades internas y quedaron atrapados por la lógica de la guerra fría. Los condenados de la tierra continuaron desplazándose entre el limbo y el infierno. El proyecto nacionalista modernizador articulado por intelectuales modernos deseosos de combinar equilibradamente tradición y modernidad se desboronó. Ha surgido otro entreluzo político e ideológico.

El resultado de todo esto ha sido el paradójico reencuentro de la religión y la política. Con la crisis del nacionalismo, como discurso de elites modernas con un proyecto modernizador –la más de las veces procapitalistas y hasta occidentalizadoras- las masas populares han dirigido su mirada a lo que Antonio

Gramsci ha denominado intelectuales tradicionales. Es decir, sus líderes religiosos se han convertidos en líderes políticos y el discurso religioso se agita ahora nuevamente para ofrecer soluciones a su desamparo y devolverle el sentido a la existencia. Ángel Rama ya había llamado la atención sobre este fenómeno para el caso de esa otra zona periférica que es América Latina. Allí también los letrados modernos se allegaron al poder como sirvientes capaces de asegurar la integración social y la legitimidad del orden político y abandonaron a los sectores populares, sobre todo a los de la zona rural como región de la barbarie peligrosa, a esos intelectuales tradicionales que son el clero religioso fundamentalmente católico. Campesinos pobres, comunidades indígenas, todos excluidos de los beneficios de la modernidad, habrán de buscar en la Iglesia y su religión los valores que le devuelvan la esperanza de un mundo mejor. En América Latina encontraremos el cura guerrillero y presenciaremos, casi estupefactos, como el aparato militar entrenado por los Estados Unidos desata su furia civilizadora sobre los religiosos y las comunidades indígenas. La muerte de Arnulfo Romero y de seis padres jesuitas a manos de un comando paramilitar en El Salvador fue una manifestación de esta lucha.

Entonces, ¿por qué nos asombra tanto este resurgimiento del fundamentalismo islámico como una forma de expresión de los pueblos oprimidos reaccionar contra una modernidad que ha tejido la pesadilla de la miseria al lado de la riqueza descontrolada de los pocos, los corruptos y los extraños? Quizás es necesario que repensemos este reencuentro entre religión y política entendiéndolo como una forma de expresarse el fracaso del proyecto civilizador, tanto bajo formas imperialistas, como bajo las formas del estado-nación independiente.

Más allá de lo que me parece un conglomerado de desaciertos reaccionarios y fanáticos –y tengo que confesar públicamente que siento una profunda aversión contra todo fanático político o religioso- hay que aprender a identificar en los rituales y creencias religiosas, del Islam o del cristianismo, que más da, una búsqueda de sentido a la existencia. Los pobres del mundo se han hincado nuevamente en tierra para pedirle a su dios la restauración del sentido. El discurso y las luchas políticas se van mezclando con el discurso religioso. Teología de la liberación o fundamentalismo islámico son expresiones religiosas de una lucha política y social: viejo ropaje discursivo para enfrentar una realidad apremiante y desafiante basada en la opresión, la miseria y la desesperanza.

Estas transformaciones llevan a los “sirvientes del poder” que analizan la realidad política del mundo periférico o no-occidental a nuevas conclusiones. Los Estados poscoloniales parecen ahora dividirse entre dictaduras personales enemigas, dictaduras condecoradas con la categoría de gobiernos amigos, y estos nuevos Estados fundamentalistas en que la religión se ha convertido en orden jurídico-político. Para los primeros y los terceros es necesario prepararse para una nueva campaña de pacificación a fuego.

El occidente democrático tiene en la periferia un pasado-presente oscuro y una deuda moral con estos pueblos. Desgraciadamente es incapaz de ver esto e insiste en rearticular su dominio bajo la lógica del nuevo orden mundial. Después de la guerra fría, las guerras amenazan con ponerse más calientes. Los norteamericanos han superado su Vietnam y se lanzan al festín belicista del golfo pérsico y a la destrucción de la capital de Serbia. Este es un mal camino y está poblado de sinsentido. Peor aún, está poblado del sentido que proveen las bajas pasiones y los simples intereses de los poderosos. El que crea que la periferia permanecerá inerte se equivoca. Bajo la paradójica lógica del discurso religioso, reaccionará, como animal acorralado, y se deshumanizará en la espiral de la violencia.

Permítanme decir algo sobre las formas de guerra. En sus Cuadernos de la cárcel, Antonio Gramsci analizaba las formas de lucha política que caracterizaban la modernidad y diferenciaba entre las condiciones de los países occidentales y los no-occidentales. Para el caso de estos últimos, destacaba que habían fundamentalmente dos formas de manifestarse las relaciones de fuerza en el campo militar: la guerra propiamente militar que se entabla entre dos Estados o grupos, con sus ejércitos organizados que se enfrentan en el campo de batalla, y la guerra de guerrillas que se sostiene sobre un vigoroso movimiento popular campesino. Los países periféricos vencieron al Occidente libre y civilizado con esta segunda estrategia y conquistaron su independencia. Pero las potencias occidentales, encabezadas por Estados Unidos, han hecho sus ajustes. Han logrado debilitar el poder de las guerrillas a través de medios técnicos y armamentistas más sofisticados. Los grupos políticos guerrilleros han decidido llevar la confrontación a otro nivel: el del terror, el del acto inesperado y dramático que conmueve la opinión pública y le muestra al poderoso sus debilidades diciéndole: “tu también puedes morir, no lo olvides”. El terrorismo político es una forma de lucha que los débiles siempre han utilizado frente al terrorismo de los poderosos. Sólo un hipócrita o un desmemoriado puede olvidar eso. Pretender erradicar la violencia política con la furia belicista sólo sirve para agitar el odio y las bajas pasiones y amenaza con deshumanizarnos a todos. La

espiral del Thanatos seguirá cobrando fuerza. Del lado de los llamados terroristas, confirmándoles el carácter satánico del Occidente enemigo. Del lado de las benditas potencias democráticas, invitando a la venganza, a la cacería humana y a la más reciente solicitud de la Central de Inteligencia Americana para que se le permita asesinar a los “sospechosos” de terrorismo. En esta última posición, los israelitas están a la vanguardia.

Señalemos algunos efectos de este desatino político que es una más de las tragedias vividas por la humanidad en el “largo” siglo XX que no termina. En primer lugar, resurgimiento de una retórica occidentalista y xenofóbica. En segundo lugar, resurgimiento del jingoísmo americano autoelogiándose como vanguardia de los grandes principios modernos y como pueblo elegido por dios para asegurar la civilización: “nosotros los grandes, fuertes, invencibles, libres, democráticos, decididos y valientes norteamericanos nos preparamos para demostrar lo que somos, el señor de la guerra”. En tercer lugar, desprestigio de todos los movimientos políticos de resistencia a la gestión de las potencias occidentales. Ahora, todos pueden ser tildados de terroristas a los que hay que exterminar. En cuarto lugar, desprestigio de la propia sociedad norteamericana que se presenta como una potencia bélica y belicista –ha participado en todas las guerras del siglo XX- que ordena cazar al enemigo vivo o muerto. En quinto lugar, desestabilización económica que ya se ha convertido en el despido de miles de trabajadores. En sexto lugar, auge de un Estado policiaco que habrá de protegernos privándonos de nuestra libertad y nuestros derechos. La conclusión a la que llegan apresuradamente todos los que se oponen a verdaderas formas democráticas de vida social es que hay que acabar con la democracia porque la misma puede ser derribada por sus enemigos. De ahora en adelante, todos seremos más felices si todos estamos bien vigilados.

En el tiempo del rencor se predica la cordura y la reflexión. Los acontecimientos traumáticos deben provocar nuestra inteligencia y capacidad de razonar, no nuestras bajas pasiones. Debemos humanizarnos, no animalizarnos con el discurso de cazar, matar, vengar. Hace ya poco más de doscientos años, la tradición ilustrada buscaba salida a los dilemas de la violencia política y la guerra entre Estados y ofreció una solución a través de una doble estrategia que me parece sigue siendo pertinente. En primer lugar, separar la religión de la política y el Estado, relegándola a un asunto privado. El fanatismo religioso no debe gobernar ni aquí ni allá; no debe ser el poder que legisle la pérdida de los derechos del ciudadano y no debe servir de criterio para distinguir entre los pueblos: yo, cristiano, tu, islámico, aquel, ateo, este, pagano.



En segundo lugar, es fundamental instalar y creer en un orden jurídico estatal e internacional que permita resolver las disputas políticas a través del Derecho y la diplomacia. Hay que reconocer la política como la lucha entre adversarios y no entre enemigos, como un agonismo y no un antagonismo. No me gusta nada ese discurso norteamericano de aniquilar y no de vencer. Nos dirigimos hacia una concepción de la violencia política que es nefasta y deshumanizadora. Hasta ahora, la estupidez de la guerra era para vencer no para aniquilar y eso sólo lo olvidaron los nazis.

Hay que creer y defender la tesis de que la violencia, criminal o política, debe ser enfrentada a través de la Ley. Si un individuo priva de la vida a otro es arrestado, enjuiciado y si es encontrado culpable, sentenciado. Este proceso le concede a todo acusado una presunción de inocencia y recae en el poderoso – el Estado- presentar pruebas que sostengan su acusación. Vamos muy rápido buscando culpables y construyendo estereotipos. Nos estamos americanizando intelectualmente; es decir, estamos siendo arrojados por una mentalidad simplona y maniquea, inclinada a las soluciones drásticas y poco pensadas. A esa nación poderosa le gusta demasiado hablar de matar al prójimo, de atacar, de bombardear y sonreír, de sentenciar a muerte. Creo que es necesario levantar otro discurso que se fundamente en otros principios: un discurso que fortalezca una cultura de la paz, el respeto a lo diverso, la no intromisión en los asuntos ajenos y la solución de los conflictos a través del Derecho y la diplomacia. Creo en la paz como principio de no-violencia, como código de convivencia, como principio ético fundamental que debe promoverse entre los ciudadanos de todos los Estados y creo que esta paz sólo puede asegurarse con el respeto al otro, con la tolerancia y la solidaridad. Preocupado por los acontecimientos del 11 de septiembre, mi amigo Juan Puig buscaba una solución al problema del qué hacer frente al terror. Al otro día vino sereno con una respuesta poderosa: ¡Hay que bombardear, claro que hay que bombardear, pero con alimentos, ayuda médica, recursos técnicos y humanos! Esa es la forma de acabar con el terrorismo político de los poderosos y los débiles.

El otro discurso -el de guerrear, bombardear, invadir y matar- que cantan iracundos un tejano sádico, algunos políticos enchaquetados y los uniformados quiere invitarnos a la barbarie deshumanizadora de la violencia. Nos invita, a una nueva versión poskantiana de la paz perfecta; es decir, a la paz que reina después del bacanal del odio, a la paz muda, gris, inmóvil de los sepulcros.

Quisiera concluir sembrando una duda que active al pensamiento crítico. ¿Que la civilización pueda perecer invadida por la barbarie? Tal vez. Pero quizás la paradoja del futuro sea otra: la de una civilización bárbara y sádica, organizada sobre un terrorismo de Estado, legitimado como defensa de la libertad y la humanidad. Como en el cuento de Caperucita, el lobo se habrá disfrazado de la abuelita y nos devorará.